



AÑO I

← BARCELONA 18 DE JUNIO DE 1882 →

NUM. 25

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL NARANJERO, dibujo de Enrique Serra

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por J. R. R.—NUESTROS GRABADOS.—EL GATO DOMÉSTICO (*Historia familiar*), por D. José Selgas.—¡FATALIDAD! *Novela original, (continuación)*, por D. Florencio Moreno Godino.—UNA COMEDIA EN DOS ACTOS, por D. Pedro María Barrera.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.

GRABADOS.—EL NARANJERO, por Enrique Serra.—INOCENCIA, por K. Froschl.—FLOR SILVESTRE, por E. Teschendorff.—PERFORACION DE POZOS INSTANTÁNEOS (*sistemas francés e inglés*), por J. R. R.—JÓVEN GRIEGA TOCANDO LA FLAUTA, por Gustavo Eberlein.—Lámina suelta.—LA TORRE DE BABEL, dibujo de Kaulbach.

LA SEMANA EN EL CARTEL

TORQUEMADA

No ha aparecido en escena, sino en los escaparates de las librerías; pero al fin la última obra de Víctor Hugo es un drama, y por ser de quien es y valer lo que vale, bien merece los honores de esta revista, sobre todo en una semana como la actual, tan pobre de verdaderos acontecimientos teatrales.

No es la primera vez que el gran poeta viene á buscar á nuestro país el asunto de sus creaciones: un día *Hernani*, otro día *Ruy Blas*, hoy *Torquemada*, siempre es España el manantial de su genio, esa España que entrevió en sus infantiles años, y cuyo recuerdo vive perenne en su vieja, pero no caduca inteligencia.

Que es la suya, con todo el amor que le profesa, una España convencional; que no hay en sus tipos, ni en los hechos que les atribuye, ni en la época en que les coloca el menor asomo de verdad histórica, ¿quién lo duda? Pero Víctor Hugo no es historiador, no es erudito: es poeta. Su portentosa fantasía se desborda, su pujante imaginación derriba todas las vallas, y en la inundación de su genio se ahoga la crítica que quiere analizar, sobrenadando sólo la admiración, cuando no el asombro.

Torquemada es una personificación ó una abstracción mejor que un personaje. Ferviente cristiano, católico apasionado, viendo con horror que el mundo está tocado de la lepra de la impiedad, propónese purificarlo por medio del fuego. Encerrada en el cuerpo de un hereje ó de un incrédulo el alma sufre y se agita y es menester liberarla á toda costa.

El gran inquisidor incuba este sombrío pensamiento paseándose por entre los sepulcros de un tétrico cementerio.

«Se fundirán, dice, los corazones de roca, y lanzando el grito fecundo del Génesis: ¡Luz! centelleará la hoguera, flameará el auto de fe alumbrando las ciudades... ¡oh humanidad, yo te amo!»

Un obispo, conocedor de las ideas funestas de este sacerdote, le conjura á arrepentirse, so pena de hacerle enterrar en vida en una tumba abierta á sus plantas. Torquemada por toda respuesta baja el primer peldaño; el obispo incrédulo, y por fin le ruega y le suplica; pero Torquemada, inflexible, va bajando hasta desaparecer en el fondo del sepulcro. Ante tamaña rebeldía, el obispo manda cerrar la cavidad con pesada losa y se retiran los frailes y el prelado cantando un quejumbroso *De profundis*.

Anda por el Campo santo una pareja de enamorados: Sancho de Salinas y Rosa de Ortez, nieto aquel, aunque incógnito, del marqués de Fontel, que es á su vez privado de Fernando el Católico, y tan agraciada la muchacha que el rey se ha prendado de su beldad. El amoroso idilio de los dos enamorados se ve súbitamente interrumpido por un grito ahogado que brota del fondo de una sepultura. Sancho y su amada intentan en vano levantar la losa; por último se valen de una cruz de hierro á guisa de palanca y logran devolver la luz á Torquemada, quien se despide prometiendo pagar algún día el servicio que le han hecho sus generosos libertadores.

Hasta aquí el prólogo. En el primer acto Torquemada ha logrado ya su intento de fundar la Inquisición: el papa le alienta y ante su autoridad inquisitorial se humillan todos los poderes, y tiemblan hasta los reyes. El joven Sancho es proclamado conde rey de Burgos, y contra la voluntad del monarca, está próximo á casarse con Rosa; pero el rey Fernando destruye esta unión, decidiendo con el marqués de Fontel, siempre receloso de las iras del soberano, cerniéndose sobre su nieto, que el amor de ambos jóvenes vaya á sepultarse en un convento. El rey espera poder extraer á Rosa de su forzado retiro, y hacerla suya.

El acto segundo es un simple episodio en el cual se acaba de definir por medio de poderosos contrastes el carácter del gran inquisidor. Partido á Roma para rendir homenaje al nuevo pontífice Alejandro VI, encuéntrase en su camino con un eremita, Francisco de Paula. Un coloquio entre el Inquisidor y el Santo realza la bondad, la mansedumbre, la candidez de Francisco que adora á Dios en la naturaleza, su obra, y aboga por la conservación de todas las criaturas. Torquemada pretende atraerle á su sistema de destruir el mundo para poblar el cielo, pero la innata bondad de Francisco de Paula se rebela contra tan horrenda doctrina. ¡Ah, qué hermosos trozos de poesía contiene este *intermezzo*, aunque nada tiene que ver con la acción del drama!

Esta se reanuda más vigorosa que nunca, en el acto tercero. Los pobres judíos, perseguidos y diezmados, imploran la protección del monarca, quien no piensa sino en alcanzar los favores de Rosa. Para Sancho, el

convento ó el cadalso; Rosa para su corte. Tal es la idea. El marqués le observa que su empeño se estrellará en el inmenso poderío de Torquemada, y queriendo hacer el rey un alarde de independencia, recibe á los judíos. Estos infelices se arrojan á sus plantas y depositan sus ofrendas al pie del trono; pero cuando los reyes se aperceben á revocar el cruel edicto que les desterraba del reino, aparece el inquisidor, terrible, implacable, blandiendo un crucifijo.

—Judas, dice, vendió á Jesús por treinta dineros; ¿será el rey católico quien lo venda por treinta mil escudos?

«¡Ea! ¡Tomadlo!» exclama arrojando sobre el montón de oro la imagen del Crucificado.

Palidecen los reyes ante la aparición del terrible defensor de la fe y consienten que continúen las persecuciones y se enciendan nuevas hogueras.

—¿Había de aguardar vuestra vena? exclama el altivo inquisidor descorriendo una cortina y mostrando á los ojos asombrados de los monarcas el quemadero erizado de llamas y de víctimas que se retuercen en las convulsiones de una agonía aterradora.

En un momento de éxtasis, exclama Torquemada: «Ahora que arde todo, allá en el seno de la muerte se operará el augusto reparto: el dragón muere calcinado. ¡Palomas, tomad el vuelo! ¡Yo os doy la libertad, esclavos del infierno! ¡Dejad las sombras por la luz, cambiad de eternidad!»

El último acto parece el colmo del fanatismo de Torquemada. El marqués de Fontel está buscando la manera de salvar á Sancho y á Rosa de las pérfidas asechanzas del rey. El empeño es difícil y sobre difícil arriesgado. Casi desconfiaba de conseguirlo.

—Pues ¿quién nos salvará? exclama la desgraciada pareja, viendo cerradas todas las puertas.

—¡Yo! responde una voz. Es la voz de Torquemada. Conoce sus cuitas, y cree llegada la hora de cumplir la promesa que les hizo en el cementerio.

El marqués se muestra sorprendido ante aquel rasgo de clemencia, y Sancho y Rosa, balbucientes de emoción, relatan al anciano que un día, hallándose enterrado en vida, tuvieron la dicha de salvarle.

—No podíamos levantar la losa, dice el joven, y Rosa arrancó la cruz de hierro de una sepultura.

Torquemada hizo un movimiento de espanto. —Y yo, prosiguió Sancho, levanté la pesada piedra valiéndome de la cruz.

—¡Condenados! ¡Condenados! murmura el siniestro inquisidor ante el inaudito sacrilegio, sin que baste á tranquilizarle la idea de que fué cometido en su propia salvación.

Pero reponiéndose, exclama:—Tranquilizaos: os debo un favor: yo os salvaré.

¡Espantosa puerta de salvación la que abre Torquemada á los desventurados amantes! Para ellos emplea también su remedio favorito, la hoguera inquisitorial, que destruyendo el cuerpo abre á las almas redimidas y purificadas los luminosos espacios de la gloria eterna.

Tal es el asunto de esta obra atrevidísima, que contiene á la vez que las mayores aberraciones históricas, los más admirables destellos de genio. Tratada por otro autor, la pintura de este inverosímil fanático, sería ridícula; tratada por Víctor Hugo es sublime. No en vano se ha dicho que de lo ridículo á lo sublime no hay más que un paso.

Para admirar esta producción es preciso leer los versos, fijarse en la alteza de los pensamientos y de las imágenes, en el vigor de la frase, y en el maravilloso relieve de los personajes. La obra tiene el corte clásico de la tragedia antigua, realzado con las filigranas y matices del arte moderno. Imposible parece en verdad, que debajo de las canas de este octogenario alienten pensamientos tan gigantescos.

Alguien ha querido ver en *Torquemada* un poema de circunstancias. Podría ser. De algún tiempo á esta parte se ha desatado contra los judíos del Oriente el odio de los pueblos eslavos, y no sería extraño que el poeta hubiese apelado al fanatismo del siglo xv, para fustigar el incomprensible é injustificado fanatismo del siglo xix. No se pierda de vista que Víctor Hugo es algo más que un poeta de su país; en los anales literarios figurará como el poeta de su siglo.

J. R. R.

NUESTROS GRABADOS

EL NARANJERO, por Enrique Serra

Tipo admirable de verdad y de naturalidad. Cualquiera que haya visitado la huerta de Valencia, conoce á ese labrador, de aspecto sano, de expresión maliciosa, en lo físico algo barrigudo, en lo moral un tanto marrullero, casi árabe por el traje, cristiano por las costumbres, bonachón por las trazas, temible en su odio, viudo de una mujer que fué muy linda y padre de unas hortelanas que son el vivo espejo de su madre. Si vende naranjas al menudeo, es ménos para hacer su negocio que para ocupar el tiempo en algo: el mezquino producto de su mercancía apenas contribuirá al fondo especial que viene formando para comprar á sus hijas la más alta peineta de plata que aparezca en toda la huerta el día del santo. Su mayor gloria es ver bailar á sus pimpollos una honesta jota; su aspiración suprema formar parte del especialísimo tribunal de aguas. Si algún día ve su ambición col-

mada, le parecerá el famoso alcalde Ronquillo un golilla de tres al cuarto.

El autor del dibujo ha estado en lo cierto: su naranjero es felicísimo como tipo y correcto en todas sus partes. Si con igual acierto reprodujera los tipos de otras provincias, podría vanagloriarse de haber llevado á cabo una preciosa galería típico-nacional.

INOCENCIA, por K. Froschl

La figura de este cuadro tiene un encanto particular. Su semblante, su traje, su actitud, la expresión dulcísima de su mirada, todo revela la más perfecta pureza y traduce un sentimiento de bondad que atrae al más indiscreto con la corriente de la virtud. El artista ha colocado junto á la protagonista un manso cabritillo, emblema de los afectos de aquella. ¡Con qué inefable expresión fija los ojos en el cielo!... No parece sino que posee el don de contemplar desde la tierra el interior de la mansión de los justos... Satisfecho puede estar el autor de este trabajo; ha hecho una joven bellísima, de esa belleza que nada dice á los sentidos groseros, pero en la cual sueñan algunas veces ciertas almas privilegiadas que sienten el verdadero amor.

FLOR SILVESTRE, por E. Teschendorff

Una estrella bien triste preside á su existencia. De su niñez no conserva el recuerdo de una sola caricia: la imagen de su madre, si madre suya era la mujer que la alimentó á su pecho, la conserva de una manera imperfecta, sin que jamás se la aparezca en forma de ángel que vele por su pureza. Sola en el mundo, rechazada por los vecinos del lugar, que la llaman holgazana y vagabunda, siendo así que no se han tomado el trabajo de guiar sus pasos ni enseñarla cosa alguna de provecho, huye de la sociedad y en la espesura de los bosques encuentra únicamente el placer amargo de odiar á solas y por instinto á cuantos la arrojan á la frente un estigma que no merece. Dios la hizo buena y hermosa: el defecto general ha esterilizado el germen de sus nobles sentimientos y su misma hermosura será, tal vez y á un mismo tiempo, causa de su degradación é instrumento de su venganza. Una mano segura en que pudiera apoyarse, una frase de consuelo y de esperanza pronunciada á su oído, un poco de amor y de instrucción, salvarían su cuerpo y su alma. Pero la tosca gente con que apenas se comunica, no la comprende, y el bosque, que es su albergue predilecto, susurra á veces terribles consejos. ¡Dios vele por la solitaria que no puede siquiera invocar el nombre de su madre!

PERFORACION DE POZOS INSTANTANEOS

La invención de tan curioso sistema cuenta ya bastantes años de fecha, puesto que su origen data de la guerra de secesión de los Estados Unidos.

En Francia se ha adoptado, para abrir esta clase de pozos, el sistema primitivo de M. Norton, dotándole de mejores condiciones de solidez. Consiste este sistema en una serie de tubos metálicos que se hincan en el terreno en cuyas capas interiores se presume con fundamento que ha de haber agua y los cuales se van hundiendo en el suelo con ayuda de un motor. La instalación de los aparatos no es difícil ni trabajosa: cuando ha penetrado todo un tubo en tierra, á la manera de un clavo en la pared, se atornilla otro tubo á su extremo superior y se continúa así la operación hasta dar con la capa de agua que se busca. Dos hombres bastan para ejecutar esta maniobra, como se ve á la izquierda del primer grabado de la página 199. A la derecha del mismo grabado, se ve una bomba adaptada á la parte superior del pozo tubular ya terminado, y un hombre saca agua de él.

En Inglaterra se recurre á otro sistema representado en el segundo grabado de la misma página. Un cabrestante hace subir y bajar el motor, y moderan la fuerza del golpe unos acumuladores de caucho representados en la parte superior del mecanismo. Este aparato está muy bien construido, pero es más complicado que el anterior, el cual no sólo se recomienda por su sencillez, sino por los buenos resultados que da, conforme lo demuestra el frecuente uso que de él se hace en las localidades en que la capa de agua subterránea no está á demasiada profundidad.

JÓVEN GRIEGA TOCANDO LA FLAUTA, por Gustavo Eberlein

La belleza de formas de la estatua griega, aun no igualada por los primeros escultores que han venido después de Fidias y sus compañeros del arte helénico, se debe quizás á la misma belleza de los originales que tuvieron á la vista y al concepto que de su belleza tenían aquellos maestros. La naturaleza, pródiga con la mujer griega, no era contrariada en Atenas por modas ridículas que, aprisionando bárbaramente el cuerpo, imprimen á sus formas un desarrollo convencional y anti-estético, que perjudica lo mismo á la belleza que á la salud. La manía de los cuerpos exageradamente delgados es la negación de la naturaleza, y ésta se venga cruelmente de sus mal aconsejadas opresoras.

LA TORRE DE BABEL, por Kaulbach

Los orgullosos descendientes de Noé no quisieron despedirse entre sí para ir á habitar las distintas regiones del mundo, sin haber dejado testimonio de su soberbia. —Construyamos una gran ciudad, dijeron, y en ella una torre bastante elevada para escalar el cielo.—Y dieron

comienzo á la obra, y la Torre salió de sus cimientos, y cuando creyeron haber conseguido su propósito, el Señor, que es inexorable con los soberbios, pronunció dos palabras: destrucción, confusión.

Y la ciudad se convirtió en ruinas como si en ella hubiera ocurrido terremoto, y la famosa Torre se desplomó como si el ángel de las ruinas la hubiera demolido con su piqueta de fuego, y los hombres hablaron de repente distintos idiomas para que se produjera la Babel, es decir, la imposibilidad de entenderse.

Y abrumados por la confusión, hubieron de dividirse en razas y pueblos, y ahí están, en el cuadro de Kaulbach, los tres grupos que separadamente emprenden el camino de la peregrinación que da por resultado la población del mundo. Ved á los sucesores de Sem, tomando la ruta de Asia: después de haber sido el pueblo de Dios, ellos serán el pueblo deicida. Junto á ellos, aunque en dirección opuesta, marchan los hijos de Jafet que se enseñorearán de Europa y desagrarán al Señor eternamente por el nefando crimen del Gólgota. Finalmente los malditos de Cam parten para el África, en donde propagarán su soberbia y producirán frutos contra los cuales se levantará constantemente el mundo cristiano en són de amenaza unas veces, de desprecio casi siempre.

La concepción del cuadro es grandiosa y la ejecución demuestra, en sus menores detalles, los conocimientos y potencia del autor.

EL GATO DOMÉSTICO (1)

(Historia familiar)

POR DON JOSÉ SELGAS

Buffon ha sido el novelista de la Historia natural, como Julio Verne lo es hoy de las ciencias físicas. El primero se ha complacido en acercar los brutos á los hombres, repartiendo entre los irracionales usos, costumbres, caracteres, inteligencia, y áun, si puedo decirlo así, cualidades morales.

Julio Verne, con estilo ménos encantador, pero no con ménos recursos de imaginación, ha tomado por su cuenta á la naturaleza, llevándola hasta el prodigio, para hacerla intervenir como agente dramático, casi inteligente, en el curso de sus pintorescas fábulas.

Claro es, que la naturaleza sabe más que el hombre, puesto que ella es la ciencia que los hombres estudian, sin acabar nunca de poseerla; porque en último término, esconde el secreto originario de todas las cosas, y ese secreto es impenetrable para la ciencia.

Pero vamos á nuestro asunto, que no es otro que colocar en el lugar que se merecen las singularísimas cualidades que distinguen al gato doméstico, víctima hoy en su reputación de las injustas parcialidades de los naturalistas. Ni Geoffroy, ni Temminck, ni Smith, ni Schreber, ni Linneo, ni Cuvier, ni el mismo Buffon, ni el mismo Plinio, que llegó á averiguar que el elefante sentía crecer la yerba, han visto en el gato doméstico la inteligente perspicacia con que ha sabido comprender los beneficios de la vida social, y las grandes ventajas que proporciona la civilización; y parecen satisfechos de haberlo relegado en los anales de la Historia natural á la especie más insignificante de la gran familia felina.

Para los naturalistas el gato doméstico es el vulgo de los gatos, la *turba multa* de la raza, la plebe del género.—¡Qué gran injusticia!

No siempre lo que más frecuentemente se ve, es lo que mejor se conoce: el hombre mismo testifica la exactitud de la observación: todos los días se ve, vive en su continua compañía, está en el secreto de sus más ocultos pensamientos; se sabe, digámoslo así, de memoria, y no obstante ¡qué pocas veces se conoce!

Nosce te ipsum, ha dicho la antigüedad, lo cual traducido al castellano quiere decir: ¡cuán difícil es que el hombre se conozca á sí mismo! Probablemente, las grandes agitaciones que el mundo experimenta, no tienen más origen que esa obstinada ignorancia con que nos hemos propuesto no conocernos, quizá para no estimarnos.

Hé ahí, poco más ó ménos, lo que nos ocurre con el gato doméstico. Familiarizados con su presencia, habituados á su asidua compañía, apenas nos dignamos concederle una de esas miradas superficiales que pasan por encima de la corteza, bajo la que se esconden todas las cosas.

Sabemos que posee una piel fina como la seda, manchada caprichosamente de diversos colores, que maulla, que ronca, que araña, que salta, que bufa, que es fiero, flexible, juguetón, elegante, gracioso.... No pasa de ahí lo que sabemos acerca de este ma-

mífero realmente prodigioso. Si lo vemos todos los días, ¿qué necesidad tenemos de conocerlo?

* *

No se ha podido averiguar nada, y no tengo noticia de que se haya hecho investigación alguna, respecto al origen de la intimidad de relaciones que existen entre el gato doméstico y la familia humana; pero bien se comprende que debió ser el gato el que ante los peligros de la vida salvaje y las muchas ventajas de la vida culta, aceptaría sin vacilar las condiciones verdaderamente leoninas del contrato.

Entre vivir á la intemperie en las soledades de la selva, expuesto á la voracidad de los matones del oficio, ó tener casa y hogar reconocidos, y hasta asegurados de incendios; entre la vida errante del aventurero y la vida ordenada y regular del vecino, es de presumir que, sin más averiguaciones, entrase en el *Contrato social* con que Juan Jacobo Rousseau arregló las relaciones legales de los hombres entre sí.

Ello es, que nos lo encontramos en posesión de la sociedad, en el goce pacífico de la casa, y en el seno mismo de la familia, sin que nadie le dispute la legitimidad de su derecho, pues pasa en autoridad de cosa juzgada.

Mucho se ha hablado de la fidelidad del perro, de la docilidad del caballo, de la inteligencia del elefante, de la astucia del mono, de la suculencia de la carne de vaca, y hasta de la sabrosa suavidad de las ostras; pero nadie ha reparado en los extraordinarios talentos que adornan la condición moral del gato doméstico.

Es más, se le tiene por estúpido, y se le considera incapaz de aprender nada útil; y ved ahí precisamente dónde yo encuentro el rasgo más característico de su claro ingenio, porque para nada se necesita tanto talento como para hacerse el tonto.

Ha comprendido con su fina perspicacia, que el hombre lo utiliza todo en beneficio de sus intereses, de sus necesidades, de sus placeres ó de sus recreos, y ha dicho: «¿Sí?... pues yo no sirvo para nada.»

No hay animal que caiga bajo el dominio del hombre, desde el elefante hasta la pulga, que no le preste algún servicio. El perro vigila, rastrea, acompaña y defiende, el caballo ha llegado á ser los pies y las manos del hombre, el oso baila, el mono es un repertorio de gracias, el loro habla, el elefante ofrece su fuerza y su obediencia, y, en fin, la pulga misma, que tan fácilmente se escapa de entre los dedos, se somete á servir de espectáculo con el nombre de *pulga industrial*. Esta regla general sólo tiene una excepción, única, el gato doméstico.

Su introducción en la vida íntima de la familia reconoce por fundamento el más frívolo de los pretextos: los ratones. Superchería ingeniosísima por medio de la cual ha conseguido ser una necesidad de la casa. Cabalmente los ratones son su delicia; preferiría los pájaros, mas en su defecto, cazar ratones es su diversión favorita. La casa es su palacio, los sótanos, los desvanes, las despensas, son sus bosques; caza por placer, por recreo, ¿qué más necesita su vida de príncipe?

Ved con qué atención espía el agujero por donde ha de salir la víctima. Acecha y espera, llega el momento y salta sobre su presa. Entonces ¡qué alegría! ¡qué locura! ¡qué extremos! Está en sus glorias. La suelta para volver á cogerla, y la coge para volver á soltarla. La va matando poco á poco. Diríase que siente matarla. Y después de muerta la remueve con sus uñas, la agita con sus dientes, porque quiere que se mueva, quiere que viva, para volver á matarla. Un ratón inmortal sería el eterno paraíso del gato doméstico.

Y allí está la familia contemplando la escena con la risa en la boca y la admiración en los ojos; como si el último refinamiento de la crueldad fuese entre los hombres el espectáculo más digno de interés y de aplauso.

¡Qué triunfo para el gato doméstico!

* *

Hay una cuestión que los naturalistas no han planteado todavía y que por lo tanto nadie se ha tomado el trabajo de resolver. Trátase de averiguar si, en efecto, el gato doméstico es un animal domesticado, ó conserva en medio de su aparente domesticidad toda la feroz independencia del estado salvaje.

Para mí, salvo el parecer de los naturalistas más acreditados en el conocimiento de los animales, y con todos los respetos debidos á la ciencia, el gato que vive á la sombra de la familia, al calor de la casa y bajo el tierno amparo de la sociedad protec-

tora de los animales y de las plantas, por un rasgo de suprema astucia, se finge doméstico.

Eso sí; después de tomar todas las precauciones imaginables, paso á paso y lentamente, como quien va sobre ascuas, se nos acerca, encorva el lomo á nuestras caricias, salta sobre nuestras rodillas, y nos hace sentir en el rostro una y otra vez la fina suavidad de su cola; mas esa gracia enteramente voluntaria, no supone obediencia ninguna: la más pequeña contrariedad lo irrita y sus uñas corvas y agudas, cautelosamente ocultas en las falanges de sus manos ligeras y prontas, se clavan sin misericordia en la mano misma que los acaricia.

No hay que esperar del gato doméstico habilidad ninguna que suponga sumisión al mandato de voluntad ajena: como si poseyese el instinto frío y calculador del hombre de negocios, nunca hace más que aquello que le trae cuenta. Es inútil llamarlo cuando no quiere ir; sólo lo atrae el halago cuando lo desea ó la presa cuando la apetece. Rebelde á todo vínculo, no quiere contraer ni siquiera el deber de la gratitud; así es que prefiere lo que se toma por su mano, á lo que le dan. Jamás espera que le den lo que él mismo puede tomarse.

Vedlo delante de una puerta entreabierta. ¿Entreabierta?... Sí; lo ha de pensar mucho antes de penetrar por ella. Las puertas entornadas son siempre motivo de graves reflexiones para cualquier gato que sabe lo que se pesca. Se detiene como quien medita, va y viene como quien duda, y al fin adelanta tímidamente las manos é introduce suavemente la cabeza; el iris de sus ojos redondos se dilata, sondea de una ojeada la estancia, objeto de su curiosidad. Perfectamente; no hay peligro ninguno; mas por si acaso, se estrecha para no mover la puerta que le abre paso, no sea que los goznes indiscretos rechinen intempestivamente. Hecho esto se desliza á derecha ó izquierda, según las circunstancias del caso; jamás de frente, y siempre junto á la pared, ocultándose bajo la sombra de los muebles; diríase que anda por país enemigo, ó que ha aprendido que para vivir entre los hombres, toda precaución es poca.

¿Qué trae el gato á la civilización? Nada. ¿Qué toma? Lo toma todo.

Vedle voluptuosamente tendido sobre el almohadon más mullido, más suave, más blando. ¿Es de seda? Bueno. ¿Es de terciopelo? Mejor. ¿Está bordado con flores de exquisito dibujo? Entonces magnífico, quiere decir que es un lecho de rosas. ¿Dónde está la cama más limpia, más perfumada, más rica de la casa? Pues allí está el gato doméstico entregado á las dulzuras de un sueño delicioso. De vez en cuando alarga las manos, contrae las uñas, entorna los ojos y se enrosca sobre sí mismo, dándose á sí propio gracias por el placer que se proporciona.

¿Qué le importa el frío del invierno, si para él se ha hecho el calor de la chimenea, ó el templado ambiente que exhala el brasero bajo la falda plegada de la camilla, ó la caliente plancha de metal que se tiende delante de la estufa, ó en último resultado la tibia atmósfera del hogar, que hace de la cocina una primavera perpetua? Y si el día es hermoso, claro, despejado y sereno, allí está la alfombra, cabalmente tendida al pie del balcón, que al través de los cristales deja entrar un rayo de sol que ilumina y calienta, refrigera y alegra.

Cambian las estaciones, no tanto como los hombres, pero cambian, y al frío del invierno ha sucedido el calor del verano. ¿Y qué? El gato doméstico no tiene por qué apurarse. ¡Qué fresco más delicioso se siente en la umbría soledad del sótano! ¿No? Pues ahí está el mármol del estrado limpio como el oro y terso como un espejo, que convida á dormir tranquilamente la siesta.

El lujo parece que es su atmósfera propia. ¡Con qué elegancia juega con el borlon de seda que cuelga del opulento cortinaje! ¡Qué bien se afila las uñas en los bordados tapices! ¡Cómo ensaya el poder de sus garras en los dibujos tallados de los muebles más ricos...! Y á todo esto, es inútil intentar que se sujete á ninguna ley, á ninguna regla, á ningún mandato. No hay que pedirle nada, porque todo lo niega, sólo es generoso en arañazos. Ha venido á disfrutar todos los beneficios de la civilización sin perder nada de su salvaje independencia.

* *

En las intimidades de su vida no es ménos prodigiosa la perspicacia con que se apropia cuanto cree necesario á sus necesidades, á su comodidad ó á su conveniencia.

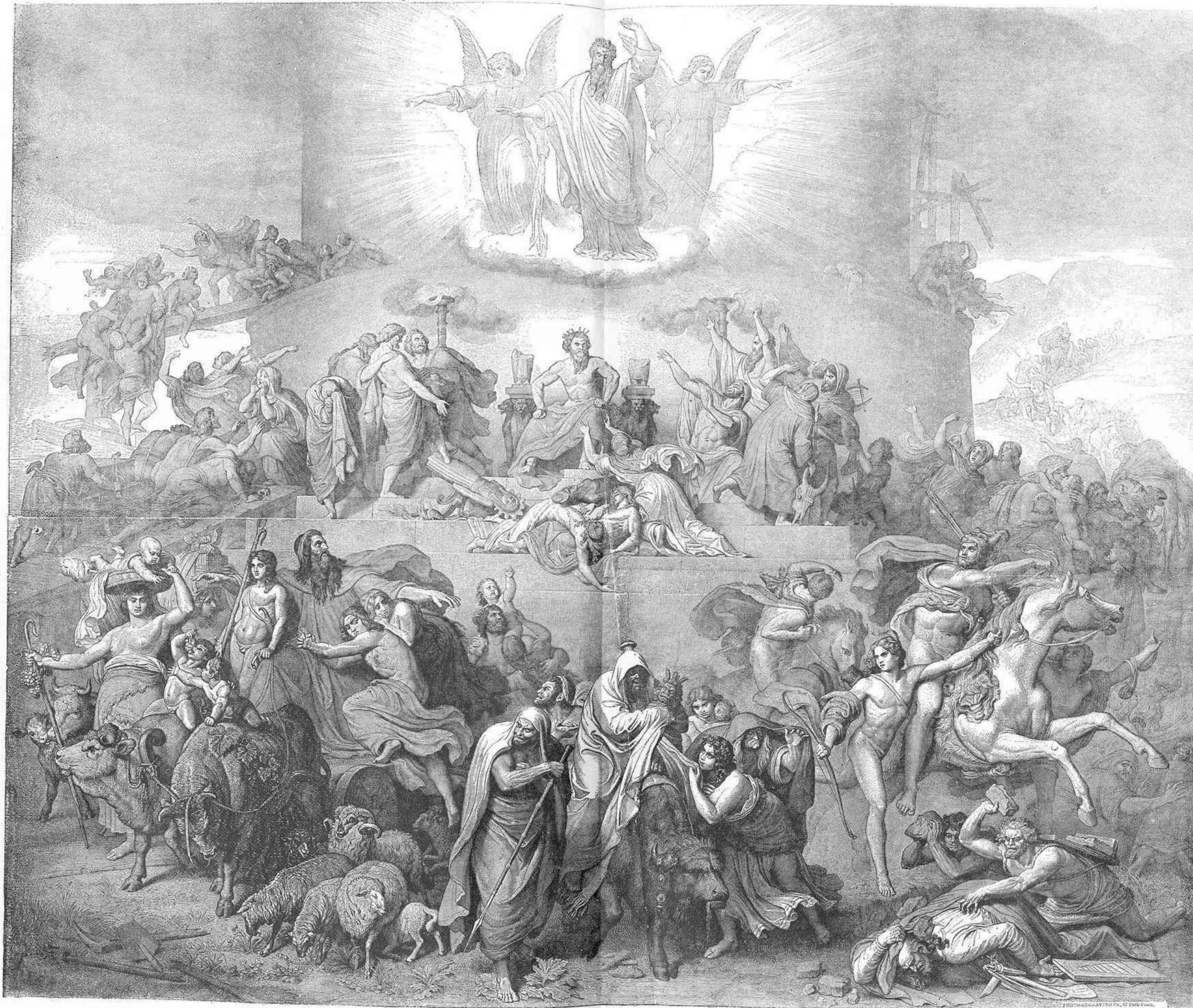
Observémosle; mejor dicho, oigámosle un momento á los pocos días de haber nacido.

Las voces de los animales son sonidos inarticulados que el hombre traduce libremente para imitarlas; así es que, por ejemplo, para reproducir en

(1) Llamamos la atención de nuestros lectores hácia el siguiente artículo inédito del malogrado escritor D. José Selgas, trabajo tan ameno y discreto como todos los salidos de su pluma.



INOCENCIA, por K. Frosch!



LA TORRE DE BABEL (POR G. KAULBACH)



FLOR SILVESTRE, por F. Teschendorff

el lenguaje humano el canto del gallo, tiene que valerle de la figura retórica que llamamos onomatopeya, y sale del paso exclamando: ¡Quiquiriquí! palabra sin forma y sin sentido.

Con el gato doméstico no sucede eso: su primera voz, cuando se puede decir que todavía está en la cuna, es un sonido claramente articulado, que contiene la idea más trascendental de las que siempre han agitado al mundo. Su primera palabra es esta: *mío*. Apenas ha abierto los ojos á la luz de la vida cuando se proclama dueño de todo lo que ve; parece que es un hombre el que habla dentro del gato.

Libre en sus costumbres hasta el libertinaje, prescinde, como dueño de sí mismo, de todo deber que pueda encadenar su autonomía y comprometer su *Habeas corpus*, y no hay quien lo acarree á que reconozca las obligaciones que pesan sobre el padre de familia. Cumple con la naturaleza, y despues, si te ví no me acuerdo; y como siempre ha sido de esa manera, no es lícito asegurar que ha aprendido á sacudirse la capa en la escuela de los hombres.

Y no vaya á creerse que es un sér encenagado en las groseras satisfacciones de los apetitos materiales, ántes por el contrario, es idealista. Sus esperanzas, sus ilusiones, lo que podemos llamar su poesía, anda casi siempre de tejas arriba. Sobre los aleros de los tejados es donde se puede decir que vive la vida del alma. Como los antiguos trovadores, canta allí sus amores, sus desengaños, sus batallas y sus triunfos. Del mismo modo que Homero cantó *La Iliada*, Lope de Vega ha cantado *La Gatomaquia*. Borrados están ya los lugares de aquella famosa guerra, mas donde quiera que haya dos gatos, allí hay tírios y troyanos, allí es siempre Troya.

No es, sin embargo, el carácter heroico, enamorado y caballeresco el rasgo más saliente de su genio. Las ciencias han hecho en manos del hombre, prodigiosos adelantos. Ciertó; pero ¡ah! todavía no hemos alcanzado el privilegio de tener una vida si quiera de repuesto, con que alternar con esta única, sola y triste que se nos ha concedido. Pues bien; el gato doméstico puede burlarse de todos nuestros adelantos científicos: él tiene siete vidas. Cómo, dónde, cuándo ha penetrado en ese secreto oculto á la ciencia humana? Hé ahí mi asombro.

¿Y acaso no es su nombre el que parece como que preside los más arduos problemas que agitan al mundo?

Ved sino cómo se les buscan incansablemente los tres piés al gato.

Ved cómo cada cual quiere llevar su gato al agua.

¿Quiénes no se echan el gato á las barbas?
¿Quién no pretende sacar la sardina con la mano del gato?

¿Dónde no hay ya gato encerrado?
¡Dios mío!... ¿No es casi todo gato por liebre?

Siete vidas no son ciertamente la eternidad, y este animal prodigioso que se sobrevive seis veces, que llega á ser hasta su propia posteridad, se encuentra un día con que se apaga la luz de su existencia, y entónces, como si él mismo quisiera enterrarse, se esconde en el último rincón de la casa y muere. Mas, ¡oh resplandor del verdadero mérito que brilla hasta más allá del sepulcro! La fama, la celebridad, la popularidad, como compañeras inseparables del genio, siguen al gato muerto.

Desde ese momento empieza á ser el tesoro que cada uno guarda en el fondo de su gaveta. Tener gato, equivale á poseer todos los goces de la vida. ¡El gato! ¡Quién puede olvidarlo! ¡Desventurado aquel que no tenga gato!

J. SELGAS

¡FATALIDAD!

Novela original

POR FLORENCIO MORENO GODINO

(Continuación)

Madrid 7 de junio

Continúa la novela, mi querida Blanca, y la verdad es que el protagonista me va interesando. Al principio, cuando al fin reparé en él, aunque él se exhibía todo lo ménos posible, le creí un hombre vulgar, de esos que se enamoran de nosotras por causa de la *lejanía* en que viven, mirándonos como á los astros desde una distancia inmensa.

Esos locos no aman en nosotras á la mujer, sino al sér desconocido que vive y piensa de distinto modo que los demás, que habita en un mundo aparte, por más que alguna vez se digne descender al mundo real.

Sin saberlo ellos mismos, aman en nosotras á nuestros lacayos, á nuestros caballos y á todos los objetos del lujo que nos rodea.

Organizaciones altivas y mezquinas á la par, se

enloquecen cuando nos contemplan reclinadas en una carretela, y apenas nos otorgarian una mirada si nos codeásemos con ellos, vestidas de percal y llevando un lio en la mano.

Como dice un poeta cómico:

Aman la dificultad
y el pretexto es la mujer.

Pues bien; yo supuse que mi incógnito (no has de ser tú sola la que haya tenido incógnito) era uno de esos infelices, y en los primeros días apenas fijé en él la atención.

Pero mi incógnito no es hombre que pueda pasar *desapercibido*: subrayo esta palabra á consecuencia de haber oído á un escritor criticar la acepción en que ahora se usa.

No le he visto más que momentos, y excepto una sola vez, siempre de noche, y por lo regular al volver á casa. Es jóven, tiene una figura agradable, y viste con gusto, aunque con esa *indecisión* que lo mismo puede achacarse á sencillez que á pobreza.

Puede verme con más frecuencia de día, y sin embargo, nunca me le he encontrado ni en paseo, ni en ningun sitio público, exceptuando la otra noche, que experimenté en mí una cosa que me hizo creer en el magnetismo.

Estaba en un palco de platea del Teatro de Apolo, cuando de improviso sentí una impresion extraña, parecida al embarazo que se siente bajo la presión de una mirada fija en nosotras con insistencia. Alcé los ojos, sin darme cuenta de lo que hacía, pero sin titubear, y ví al *incógnito* que clavaba los suyos en mí desde el último piso del teatro.

Aquella mirada me molestaba y me atraía. Sin duda hube de hacer algun movimiento de disgusto, notado por él, pues cuando volví á mirar, impulsada por esta atracción, habia desaparecido.

No obstante, la inquietud continuó toda la noche y sentía la certidumbre de que me miraba desde algun sitio oculto.

La novela no termina aquí. El miércoles pasado, mamá, Carmen Montealegre y yo fuimos á la Alameda de Osuna.

Salimos de allí poco ántes de anochecer. Nuestro cocheró, que según supimos despues, habia hecho algunas libaciones, á poco rato de subir al pescante, en donde se tambaleaba, cayó al suelo, dándose un golpe sin consecuencias en una de las ruedas delanteras. Los caballos del tronco, que son de mucho genio, siguieron trotando; y aunque el lacayo, que es un niño, se arrojó del asiento trasero y quiso detenerlos, no lo podía conseguir.

Nos asustamos, y mamá comenzó á gritar. En este conflicto, sentimos el rápido galope de un caballo detrás de nosotras: un caballero se acerca, refrena con mano vigorosa nuestro tronco, y saludándonos con una inclinación de cabeza, dice:

—Si ustedes lo permiten, yo guiaré.
¿Sabes quién era ese caballero? *El incógnito*.

A este tiempo habian acudido algunos hombres que pasaban por el camino. Unos sujetaron nuestros caballos, dando lugar á que aquel subiese al pescante y empuñara la fusta; otro trajo el que habia abandonado el *incógnito*, y despues todos se apresuraron á socorrer á nuestro cocheró, que fué trasladado á la Alameda.

Sabes que no soy miedosa; y aunque me sobresalté un poco, esto no me impidió hacer las siguientes observaciones:

El *incógnito* monta á caballo admirablemente, con la elegancia de Pepe A.... y la firmeza de Pepe M....

El *incógnito* tiene un caballo de preciosa estampa. El *incógnito* saluda con una finura exquisita.

Nos repusimos del susto; nuestro lacayo montó el caballo del *incógnito* y siguió al carruaje que partió inmediatamente.

El poderoso tronco se sosegó bajo la diestra mano que le regía; porque el *incógnito* guía tan bien como monta, balanceándose con suma gracia en el pescante.

Sabes que en estas cosas soy algo inteligente. Llegamos á la puerta de casa. El portero que salió á recibirnos tomó del diestro á uno de los caballos del carruaje, mientras que el lacayo que nos habia seguido se desmontaba del caballo de nuestro cocheró improvisado.

Este se apeó con ligereza del pescante, y nos dió la mano para bajar del coche.

Al tocar la mía sentí que la suya temblaba.

Mamá le instó para que subiese á descansar; él vaciló, mas por último rehusó alegando lo avanzado de la hora.

Eran las diez de la noche.

Al despedirse, mamá le ofreció la casa, y yo, sin poder dominar mi interés ó curiosidad (como tú quieras) le dije:

—¿Tiene usted la bondad de decirnos su nombre?

Al oír esta pregunta, creí notar en él señales de turbación.

—Me llamo Antonio Diz,—contestó, y saludándonos con cierto apresuramiento, montó en su caballo, que el lacayo tenia del diestro, y se alejó al paso.

Así que hubimos subido á casa, salí al balcon (¿qué ménos habia de hacer?) y aún alcancé á verle volver la esquina de la calle de enfrente.

Tú no comprenderás nada de esto: yo tampoco; lo cierto es que el *incógnito* ó Diz, que para mí da lo mismo, es un cumplido caballero.

Te he hablado de todas estas majaderías, á fin de distraerte; pues me preocupa tu tristeza, aunque espero que cesará pronto ese estado de *viudez interina*. Nadie, y mucho ménos tu marido, puede vivir contento léjos de tí.

Adios, Blanca mía.—EUGENIA.

P. D. Mañana nos trasladamos á Carabanchel.

PARTE TERCERA

I

Vamos á introducir al lector en una casa de humilde apariencia, situada en el pueblo de Carabanchel alto y en una calle que desemboca en el campo.

Esta casa tenia en el piso bajo una sala, cuya ventana, que daba á la calle, estaba cuidadosamente entornada y además cubierta con una cortina de lona.

En el fondo de la pieza habia una cama; cerca de la ventana una mesa, sobre la que se veían un tintero y algunos papeles, y en uno de los lienzos de la pared, una percha con alguna ropa colgada.

Unas cuantas sillas y un sofá completaban el mueblaje de esta habitación, digna de un estudiante, de un filósofo ó de un poeta.

A las once de la noche de una serena y calurosa del mes de julio, un jóven se paseaba del uno al otro extremo de la sala, entregado, al parecer, á violenta agitación.

De vez en cuando se detenía en sus pasos, como absorto en un pensamiento, y luego volvía á continuarlos murmurando extraños monólogos.

De repente se sentó en una silla junto á la mesa, y comenzó á escribir una carta.

Conforme él la escribía nosotras la iremos leyendo.

Carabanchel, 22 de julio

Enrique, no puedo más: esta lucha incesante ha agotado mis fuerzas. Hubo un tiempo en que me creía fuerte de espíritu y de cuerpo; pero me he desengañado; soy débil como una mujer. ¡Ah! no, me calumnio: he luchado y aún no he sido vencido: me he dicho como Dios al mar: *de aquí no pasarás*, y no he pasado.

Pero aunque el espíritu resiste aún, el cuerpo está aniquilado.

«¿Mas con qué objeto has ido á Madrid?» me preguntas en tu última carta: «¿qué adelantas con verla solamente?» No puedo contestar más que como lo haría un sediento á quien ofreciesen unas gotas de agua, preguntándole: «¿qué adelantas con eso!»

¿Por qué no se te ha ocurrido nunca preguntarme por qué estoy enfermo?

Pues bien, mi pasión es una enfermedad ó mejor dicho, una predestinación. Yo estoy predestinado á morir por *ella* y moriré.

Pero *ella* sola no me mata; sino otra cosa más terrible, la conciencia.

Cuando *la veo*, si el éxtasis me lo permite, concibo pensamientos de que me avergüenzo cuando salgo del círculo magnético en que *ella* me encierra inocentemente. Entónces me digo: ¡por qué no he de ser como la mayor parte de los hombres! Tengo una mujer buena, que me adora, y á quien casi niña he arrancado del seno de su familia, ofreciéndome á labrar su felicidad; ¡pero esto qué importa! Si amo á otra, ¡por qué he de respetar lo que nadie respeta, por qué no procuro el logro de mi amor!

Mas luego oigo la voz de mi conciencia que me espanta, pienso en mi madre, leo las cartas de aquel ángel que sufre léjos de mí, y á quien estoy engañando tan villanamente; las tuyas en que me marcas la senda del deber, y expio con noches de insomnio y de calentura, una falta de que yo tal vez no soy responsable.

¿Puedo hacer más que luchar? ¡Y si supieras qué lucha! Ahora *la veo* todas las noches. A fuerza de oro he ganado al jardinero, me introduzco en su jardín, subo á un árbol que está enfrente de la ventana de su cuarto y allí....

¡Ah! ¡qué pruebas, qué tormentos, qué delirios! Soy un mártir y un miserable al mismo tiempo.

Esta noche será la última vez.

Hace días que recibí una carta de Blanca. Ya no se queja de mi ausencia, ni del retraso de mis car-

tas; ¡inocente! no sabe que para llegar á sus manos, tienen que pasar por las tuyas; ignora que soy un infame.

Te transcribo un párrafo de su última carta, y por él comprenderás el estado de mi corazón.

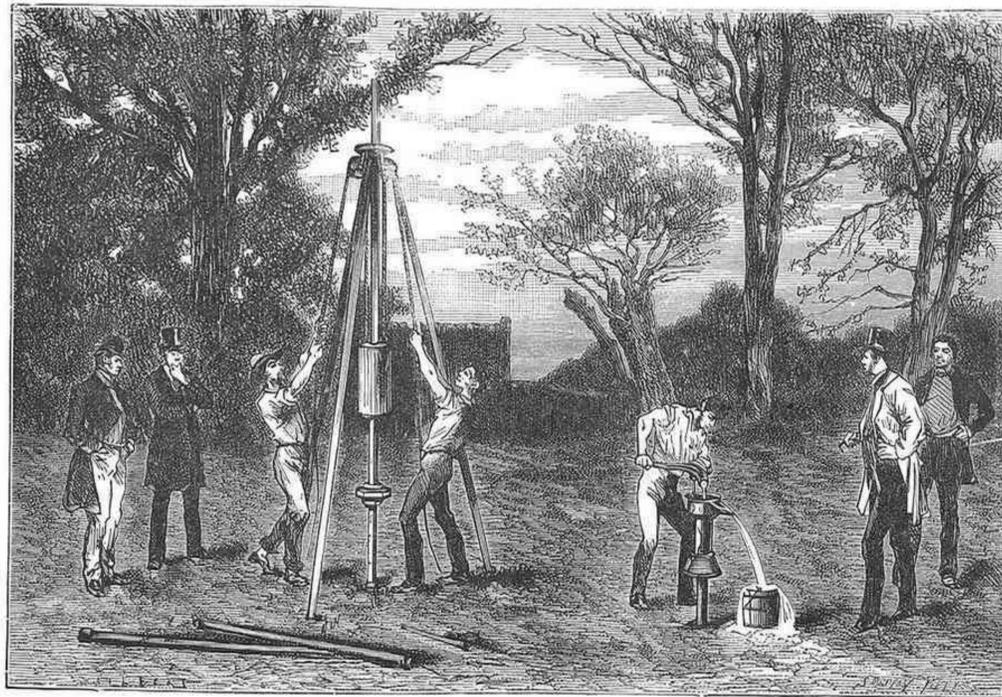
«Ven, Luis de mi vida, y en albricias de tu llegada, te diré una cosa muy bajito, para que no la oigamos más que tú y yo. Mas no, voy á decírtela al instante; pues si sientes lo mismo que yo, no quiero, no debo privarte de tan inmensa alegría. En mi sér vive otro sér, ¿comprendes, Luis mio? No bastaba mi corazón para adorarte, y Dios te envía otro que vivirá por tu amor y de tu amor. ¡Ah! ven, ó déjame volar á tu lado: te lo pido de rodillas.»

He recibido esto, he sabido esto hace quince días y estoy aquí y vivo aún.

Pero como te he dicho, mi resolución está tomada, tengo hechos todos mis preparativos, pronto el equipaje.

Mañana partiré.

Adios, querido Enrique, abrigo el presentimiento de que no volveremos á vernos.—LUIS.



Perforacion de pozos instantáneos (Sistema francés)

(Continuará)

UNA COMEDIA EN DOS ACTOS

ACTO PRIMERO. La acción comienza en un pueblo, entre una señorita recién vestida de largo, hija de un teniente de la guardia civil llamado Borraja, y un señorito que acaba de estudiar el latín y está con un pié en el estribo para ir á seguir estudiando en la universidad de la capital de la provincia, por acuerdo de su padre, que es labrador y usa el sonoro apellido de Redoble.

Ella se llama Conchita y él Currito, ó sea, traducido al castellano, Concepcion y Francisco. Ella llora hácia fuera y él llora hácia dentro: los pobrecillos se ahogan de pena; pero de pena verdad, sin mezcla alguna de mentira.

Conchita.—Jura que no me olvidarás por otra.

Currito.—Te lo juro. Mi amor será tuyo toda mi vida. Jura tú no olvidarme por otro.

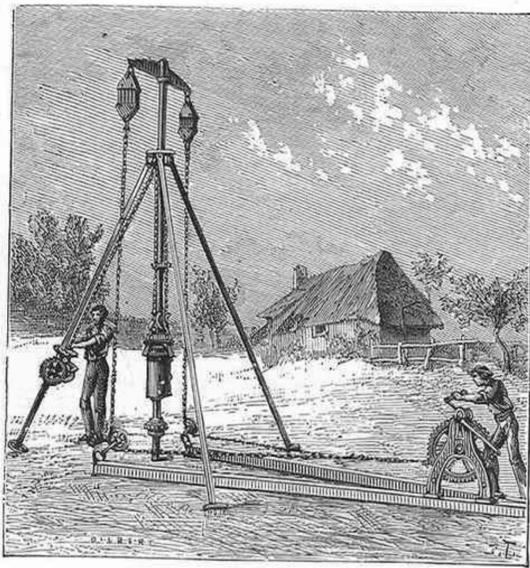
Conchita.—Yo juro que nadie más que tú reinará en mi corazón.

Cambiaron una mirada de carnero muerto, suspiraron á toda máquina y punto final. Ni un beso, ni un abrazo, ni un apretón de manos. Los primeros amores son siempre puro idealismo: su gran encanto estriba en que el alma prescinde por completo del cuerpo, acaso porque, sin que nadie se lo haya enseñado, sabe que el cuerpo es un grosero que todo lo mancha y en todo lleva miras egoístas.

Desde aquella noche, porque los juramentos de Currito y Conchita se hicieron de noche, la hija del teniente siempre que iba á meterse en la cama rezaba una salve á la Virgen, pidiéndole que todas las demás mujeres le parecieran horribles á su estudiante. Y el hijo del labrador, pidiendo á Dios que la hija del teniente no cayera en la tentación de averiguar si se puede querer á un segundo novio, estableció también la costumbre de rezar un credo mientras se desnudaba para entregarse al sueño.

Diariamente se escribían unas cartas muy largas, muy largas, llenas de disparates gramaticales y de conceptos no menos disparatados, que á ellos les sabían á gloria. Pero como las dichas de la tierra son muy parecidas á los cohetes, que á la vez que se elevan formando un reguero de luz se convierten en jirones de humo, cuando más engolfados estaban Currito y Conchita en su dulcísima correspondencia, el teniente de la guardia civil, buscando unas cuentas de paja y cebada de los caballos del destacamento, dió con una carta del estudiante, que fué dar, sin andarse en paños calientes, contra el cuerpo de su hija, de tal modo, que la cuitada quedó convencida de que su padre la haría pedazos si volvía á encontrar nuevas pruebas de que se pensaba en elevarle á la categoría de suegro.

Conchita participó lo ocurrido al causante inocente de sus amarguras, y el mismo día que los lamentos de su novia llegaron, en forma de letras, á los oídos, es decir, á los ojos de Currito, éste tuvo que soportar otra desventura. Su padre, que no estaba más inclinado á ser abuelo que el teniente de la



Perforacion de pozos instantáneos (Sistema inglés)

guardia civil, le escribió diciéndole que en vista de que por el pueblo corría el rum-rum de que en vez de ir todos los días á la universidad, á donde iba era al correo á echar voluminosas cartas de tonterías, había llegado el caso de advertirle que si á fin de curso no ganaba el año, en el siguiente se matricularía de cortijero, con objeto de ver si tenía más gracia para ir detrás de una yunta que para aprender lo que dicen los libros de texto.

El estudiante, en vista de todo, se creyó obligado á contestar á Conchita, manifestándole que en una novela había leído las penas que dos padres tiranos habían causado á dos hijos, precipitándolos hasta el punto de obligarles á fugarse juntos, después de lo cual los verdugos no tuvieron más remedio que transigir y casar apresuradamente á las víctimas, señalándoles para desagraviarlas una renta que les ayudó á ser muy felices.

Conchita entendió la indirecta, y contestó llenando las cuatro páginas de un pliego de papel perfumado, de renglones cruzados en forma de reja: resultaban, pues, ocho páginas, que en sustancia decían:—«Si es verdad que me amas, ven y róbase: yo me dejaré robar.»

Currito, llenando otras cuatro páginas de renglones cruzados, dió esta respuesta:

—«Tal noche, á tal hora, estaré junto á la puerta falsa del cuartel: sal y lo demás corre de mi cuenta.»

El infeliz se equivocaba de medio á medio: la consabida noche, á la consabida hora, novia y novio se hallaban en la consabida puerta falsa, temblando de emoción como dos criminales; pero no habían cambiado dos docenas de palabras ni dado una docena de pasos, cuando los respectivos papás se presentaron en escena como llovidos del cielo, y echando cada uno mano de su hijo, les administraron tan soberana tunda que ni á él ni á ella les quedó hueso sano.

—«Yo te juro ante Dios, que nos oye, no ser de

nadie más que tuyo!»—«Y yo tuyo! sólo tuyo! eternamente tuyo!» gritaban ella y él con toda la vehemencia de sus almas.

El teniente ascendió á capitán y lo destinaron á otro punto. El estudiante, después de unos cuantos meses de cortijo, tuvo que suplicar por toda la corte celestial que le dejaran volver á sus estudios.

Conchita escribió muchas cartas que no llegaron á poder de Currito. Currito escribió otras muchas que no llegaron á poder de Conchita. En resumen: desde la noche en que él aseguraba que todo correría por su cuenta, aquellos amores corrieron por cuenta de los padres que, como queda indicado, no tenían ningún deseo de llegar á ser abuelos, y Currito no tardó en decir, vista la inutilidad de sus cartas: «¡Fíese usted de las mujeres!», y Conchita, visto que Currito no le contestaba, tampoco tardó en exclamar: «¡Fíese usted de los hombres!»

* *

ACTO SEGUNDO. La acción pasa en un establecimiento de aguas bicarbonatadas entre una condesa viuda, jamona de muy buen ver, y un vizconde, también viudo, que además es médico y se dedica á buscar nuevos sistemas de curación. Ella toma las aguas para evitar que llegue á dolerle el estómago, y él las toma para averiguar si haciéndolo con la intención de que le sirvan á un amigo suyo, que no tiene tiempo para ir á baños á curarse una dispepsia crónica, consigue que el amigo recobre la salud perdida.

El primer día que se vieron en el manantial, preguntaron ella y él:

—¿Quién es ese nuevo bañista?

—El vizconde de...

—¿Quién es esa señora?

—La condesa de...

El segundo día pasearon juntos: ella habló de su difunto y él de su difunta.

El tercer día volvieron á pasear: ella observó que aquel hombre no se parecía á ninguno, y él se persuadió de que aquella mujer era divina.

El cuarto día siguieron paseando: ella dijo que la viudez es un purgatorio para las mujeres, y él afirmó que para los hombres es un infierno.

El quinto continuó el paseo, y sorprendieron á dos jóvenes, casi dos niños, hembra y varón, que, coloraditos como guindas, se juraban amor eterno, tomando á Dios por testigo de aquel juramento. Esto hizo reír á la condesa media hora, y hora y media al vizconde.

Ella dijo:—Creen que juran.

Él añadió:—Creen que se aman.

El sexto lo pasaron todo juntos. ¿Qué hablaron?

Nada que nos haga falta saber, excepto lo siguiente:

El vizconde:—Si V. fuera mi esposa no habría en la tierra ningún sér tan dichoso como yo.

La condesa:—Se equivoca V.: habría otro por lo ménos, y ese sería yo.

El vizconde, con una pasión que indica que el corazón le da unas carreritas muy agradables:—¿Por qué no nos hemos conocido ántes? Si tú hubieras sido la primera mujer que hubieran visto mis ojos, yo no hubiera amado á nadie más que á tí.

La condesa, con un acento que si no es música de ángeles le falta poco para serlo:—Parece que lees en mi alma. Yo no sé lo que daría porque tú hubieras sido el primero en llamar á las puertas de mi corazón. Toda mi ternura, todos mis pensamientos, toda mi vida hubieran sido para tí.

El vizconde:—¡Cielo mio!

La condesa, con un rubor muy parecido al verdadero:—Si no me diera vergüenza, te diría que creo que te adoro.

A esta altura la conversación, uno y otro cayeron en la cuenta de que ignoraban sus respectivos nombres; uno y otro tuvieron en los labios la pregunta: ¿cómo te llamas?; pero uno y otro se callaron, porque les pareció demasiado ridículo poner tan prosaico remate á un duo poético y dulce como los gorjeos de los ruiseñores.

El sétimo día descansó Dios, después de haber hecho el mundo. El vizconde y la condesa no descansaron ni había motivo para descansar, porque du-

rante los seis días anteriores, en vez de hacer sus respectivos mundos, se habían ocupado en deshacerlos para lucir toda la ropa que llevaban dentro de los mismos. Esto indica que el sétimo día de aguas lo pasaron como el sexto: tuteándose y arrullándose.

Y dijo ella:—No me llames condesa: llámame Concha.

Y dijo él:—Pues no me llames vizconde: llámame Curro.

Ella:—Tu nombre me recuerda que cuando me vistieron de largo hubo un Curruto que quiso robarme.

Él:—¡Qué coincidencia! Cuando acababa yo de salir del cascaron, hubo una Conchita que quiso que la robara.

Ella:—¿A que vas á decirme que te costó una paliza aquella Conchita?

Él:—¿A que sacamos en limpio que te dieron á tí dos por aquel Curruto?

Ella:—No digas más: tú eres el ingrato Curro Redoble.

Él:—Y tú la ingrata Concha Borraja.

Soltaron una carcajada estrepitosa.

Ella, sin dejar de reir:—Yo juré hace veinte años no ser de nadie más que tuya.

Él:—Y yo no ser de nadie más que tuyo.

Ella:—Y sin embargo, yo me casé con un conde, queriéndole bastante.

Él:—Y yo, á pesar de todo, me casé con una vizcondesa, queriéndola mucho.

Ella:—Y ántes de ayer, porque se juraban amor eterno dos niños, nos reímos de ellos sin ver que nos reíamos de nosotros mismos.

Él:—Y ayer hubiéramos jurado que nunca nos habíamos visto.

Ella:—Y yo hubiera cometido además el sacrilegio de jurar que te odiaba, cuando lo que hago es... ya te lo diré despues que nos casemos.

Él:—Y yo hubiera jurado que te aborrecía, cuando te idolatro.

Ella:—Convengamos en que lo único que debemos jurar y confesar es que no sabe uno lo que jura ni siquiera cuando tiene certeza de saberlo.

Él:—¡No por Dios!... Nada de jurar! nada de confesar!... Ya confesaremos y juraremos en la iglesia al celebrar nuestra boda.

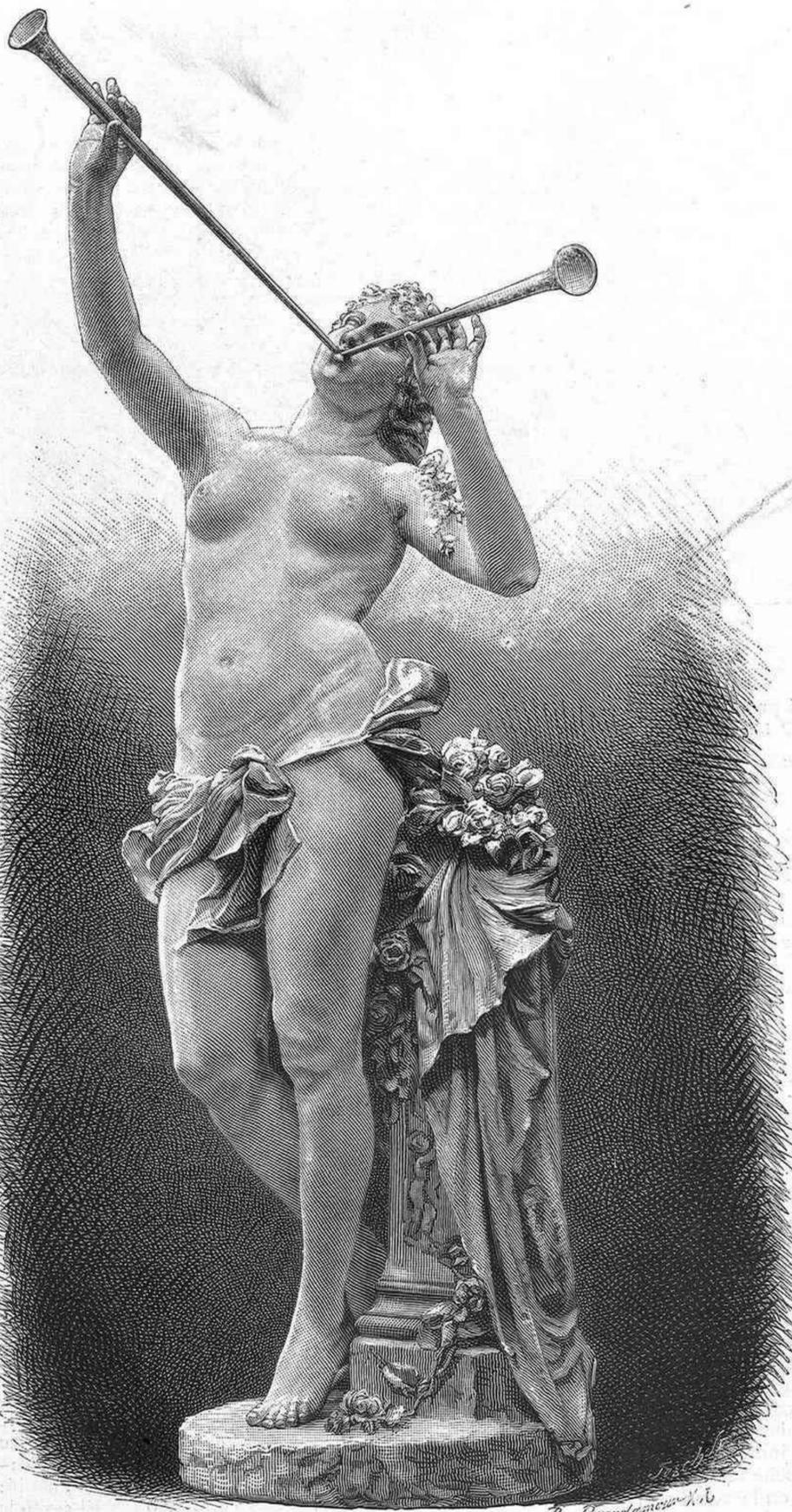
PEDRO MARIA BARRERA

Madrid 26 abril 1882

NOTICIAS GEOGRAFICAS

La tripulacion del ballenero americano *Trinity* ha tenido que invernar en el Océano Glacial Antártico, en la isla Heard, situada á los 55° lat. S. y 93° 30' long. E. de la isla de Hierro. El barco habia anclado en esta isla desierta el 20 de octubre de 1880, y allí le sorprendió un horroroso temporal; la tripulacion lo abandonó y el buque ese perdió en el Océano. Los 33 hombres que lo tripulaban han permanecido 16 meses en aquel árido islote de 30 millas de largo por 2 de ancho, viviendo de la caza de focas y elefantes marinos, soportando penalidades sin cuento y viendo morir á dos de los suyos, hasta que la corbeta americana *Marion* los recogió y los dejó poco despues en la colonia del Cabo.

No parece sino que las naciones, las corporaciones y hasta los particulares estén en la actualidad dominados á porfía por el afan de rasgar el misterioso velo que rodea á las regiones polares. A las expediciones árticas de que hemos dado algunas noticias en nuestros números anteriores, debemos agregar hoy otra. La Sociedad de Geología de Stockholmo se prepara á enviar una comision al Spitzberg, con el encargo de hacer el estudio geológico de esta isla. Los dos individuos designados para este tra-



JOVEN GRIEGA TOCANDO LA FLAUTA, por Gustavo Eberlein

bajo son los conocidos geólogos Nathorst y de Geer, los cuales deben partir de Dronheim el 1.º de junio, á bordo del ballenero *Diona*.

La suerte del intrépido navegante Leigh Smith, á quien se cree aprisionado en los hielos, en la Tierra de Francisco José (Groenlandia oriental), continúa inspirando vivo interés en Inglaterra. El Almirantazgo ha manifestado á la Sociedad de Geografía de Lóndres que está dispuesto á contribuir con la suma de 5,000 libras esterlinas para los gastos de la expedicion que se envíe en auxilio del explorador, gastos que ascenderán á 12,000 libras, cuya cantidad se espera reunir muy en breve.

NOTICIAS VARIAS

La telefonía está llamada á prestar tan importantes servicios como la telegrafía eléctrica, segun se desprende de las pruebas que diariamente se hacen con este nuevo medio de comunicacion. Hace muy pocos meses se consiguió funcionar perfectamente por una línea telefónica establecida entre Berlin y Hamburgo (288 kilómetros), así como por otra construida entre Venecia y Milan (284 kilómetros). Hoy tenemos noticia de otros dos magníficos ensayos de telefonía á gran distancia. El primero se ha hecho entre Paris y Nancy (353 kilómetros), habién-

dose hablado perfectamente por espacio de una hora por un simple hilo telegráfico de la línea del ferrocarril. La segunda prueba se ha efectuado entre Paris y Bruselas (344 kilómetros), en condiciones particulares y asombrosas. Merced á los perfeccionamientos introducidos en el teléfono por Van Rysselberghe, se ha conseguido que en la comunicacion telefónica por un hilo no influyan las corrientes eléctricas que pasan por los hilos vecinos. Pero no es esto sólo. Van Rysselberghe ha logrado el admirable resultado de poder hacer funcionar *al mismo tiempo y por un mismo hilo*, un aparato telefónico y otro telegráfico. Durante el experimento se ha transmitido un despacho por el aparato Morse al director de Telégrafos de Paris, y al mismo tiempo y por el mismo hilo, el teléfono transmitía un mensaje verbal, que se oía en Paris mientras funcionaba el receptor del sistema Morse.

El ingeniero ruso Dgvetzki ha inventado un barco-torpedo, que se ha probado últimamente en el mar Negro, dando un resultado tan satisfactorio, que el gobierno de aquel país ha mandado construir en el acto cincuenta. La forma de estos buques es la de un cigarro, y van movidos por una hélice que los cuatro hombres de que consta la tripulacion hacen funcionar con los piés. Estos hombres van metidos dentro de una cúpula con cristales: la velocidad del barco es de cuatro millas, y comunmente está sumergido, á excepcion de dicha cúpula, que asoma fuera del agua. Mediante un sistema de barras y pesos de hierro muy ingenioso se puede hacer subir ó bajar al barco en el agua como se quiera. Un depósito que va en él contiene aire comprimido en cantidad suficiente para veinticuatro horas, de suerte que todo este tiempo puede estar el barco con su tripulacion debajo de las olas: este aire sale por una válvula reguladora, y el viciado se purifica por medios químicos. Cada barco lleva cierto número de torpedos fijos en su parte exterior, pero que pueden lanzarse desde dentro sin que los tripulantes estén expuestos á los proyectiles enemigos. El barco pasa bajo la quilla del buque contrario; suelta el torpedo que va á adherirse al casco de éste por un efecto de aspiracion debido á unas piezas de guttapercha que lleva; retirase á cierta distancia y prende fuego al torpedo por medio de un conductor eléctrico.

El vapor *Austral* es, despues del *Gran Oriental*, el mayor barco que surca los mares: acaba de emprender su primer viaje á Australia, y pertenece á la Compañía *Oriente*, la cual posee los vapores más hermosos de

todas las líneas de Inglaterra. El *Austral* ha sido construido en los astilleros del Clyde: tiene 154 metros de largo y 16 de ancho, y desplaza 9,500 toneladas. Es enteramente de acero, y de doble casco, formando en el espacio que media entre uno y otro diez y siete compartimientos separados, aparte de otros trece divididos por mamparos verticales que cortan trasversalmente el casco. Va provisto de bombas de vapor capaces de vaciar 2,928 metros cúbicos de agua por hora, y que pueden servir tambien en casos de incendio. Su aparejo consiste en cuatro palos con un velámen de 7,000 metros superficiales.

La distribucion y arreglo interior no dejan nada que desear en cuanto á comodidad. Los camarotes están en medio del buque; la cámara recibe la luz, no por portas, como es costumbre, sino por verdaderas ventanas, que dan á un pasadizo, el cual va de popa á proa por una y otra banda: este pasadizo está cubierto y alumbrado á su vez por anchas portas, situadas á bastante altura sobre la línea de flotacion para que puedan estar constantemente abiertas. El aire se renueva por medio de un ventilador de paletas movido por la máquina. La cámara principal, el comedor y los corredores están alumbrados de noche por 170 lámparas eléctricas de incandescencia de Swam, alimentadas por dos máquinas de corrientes alternativas de Siemens. Se han reunido, en fin, todos los perfeccionamientos modernos en este soberbio vapor, que ha costado cerca de diez millones de pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON